

PABLO PURRIEL

(1905 - 1975)

Dr. Juan Jorge Ravera

Dejaremos para los biógrafos la obra de enumerar cronológica y escrupulosamente los datos de la vida de este hombre. Es una tarea imprescindible y otros deben hacerla.

Yo simplemente voy a escribir una semblanza de Pablo Purriel que, ustedes verán, está cargada de subjetividad. No esperen orden en ella, porque la figura de mi querido maestro es tan enorme y polifacética que no me siento capaz de encasillarla: por momentos tumultuoso, apasionado siempre, chisporroteante, bravío y afectuoso, serio y jocoso, ensimismado o explosivo, era Purriel un hombre siempre nuevo, profundamente carismático.

Había nacido en Pamplona, vasco pues de la provincia de Navarra, y de muy niño vino a Santa Catalina en cuyo pueblito transcurrieron sus años infantiles, años de humildad y sencilla pobreza que recordaba siempre con calidez y nostalgia del terruño. La Escuela Primera de Santa Catalina está esperando aún de las autoridades gubernamentales que la engalanen con su nombre, puesto que en ella nació el afán de saber de quien todo lo dio por enseñar a los demás. En esos años el padre de Purriel desempeñaba el cargo de Jefe de la Estación del ferrocarril, y Pablo aprendió telegrafía con toda la seriedad de sus pocos años para colaborar con su progenitor. Las brillantes condiciones que se iban manifestando en el chico fueron alentadas por su tío Dn. Antonio famoso chef del Hotel España que lo alimentó y orientó en sus años de estudiante en Montevideo.

He dicho que no voy a detallar su biografía y no lo haré. Quiero trasladarme ahora al momento en que conocí a Purriel, siendo yo interno del Hospital Pasteur. Precedido de una aureola de prestigio auténtico, poco después de su triunfo memorable en uno de los más calificados y reñidos concursos de oposición de nuestra Facultad, desbordante de entusiasmo al ser designado Catedrático de Semiología, lo vimos aparecer en el Hospital Pasteur.

Corría el año 1948, y aun cuando toda su carrera docente se había cumplido en el Maciel, tuvo que desarrollar su primer año de docencia oficial como catedrático en el Pasteur. No teniendo allí servicio propio tuvo que sortear ciertas dificultades, no disponía de amplios anfiteatros, debía utilizar los pacientes internados en las distintas salas del hospital, investigar que era su otra pasión era poco menos que imposible. Allí, con un círculo de colaboradores muy jóvenes dividió en pequeños gru-



pos a los estudiantes en una labor de seminario que sus alumnos de entonces, hoy brillantes docentes o afamados profesionales, deben sin duda recordar con emoción. Aprender era la consigna, en las salas, en los patios y corredores, en la escalinata, en el pequeño recinto de las hermanas, se movía Purriel con su simpatía y su dinamismo contagioso. En una oportunidad, para enseñar el reflejo plantar, no teniendo ningún caso disponible, hizo descalzar a uno de sus discípulos y con "seriedad

intelectual" aunque entre sonrisas de camaradería le rasgó la planta del pie a un hoy distinguido y encumbrado colega, el cual brindó al maestro no solamente el reflejo en flexión, sino que a continuación le fabricó un espléndido signo de Babinski, y con abanico de los dedos.

Un año después, ya instalado Purriel en el Servicio que comprendía la gran sala Pedro Visca y las pequeñas Medicina "D" y Larrañaga "chica" del Hospital Maciel, tuve la suerte enorme de ingresar al mismo como Jefe de Clínica interino, cargo en el cual seguimos durante casi cinco años, luego de ganar la titularidad. Habíamos sido designados junto a otros dos compañeros a quienes él ya conocía, pero a mí no. Nos recibió como el artesano que distrae un momento su tarea para recibir a otros aprendices, y dirigiéndose a mí dijo "Usted es Ravera? Ya lo conozco por sus buenas historias clínicas" Me estimuló de entrada, y siempre lo hizo, comprometiéndome a realizar esfuerzos que hoy me pregunto cómo pude haberlos hecho. Creo que esa primera vez me trató de "usted", pero después nunca más lo hizo y en adelante se dirigió a mí con toda familiaridad y como si me hubiera conocido toda la vida. Ese era su estilo.

Impresionaba su personalidad, sus rasgos faciales tan acentuados y fuertes, sus ademanes vivaces, sus manos fuertes que habitualmente apretaban el hombro o el codo de su interlocutor, como para posesionarse de él. Impactaba su impecable vestimenta, la túnica almidonada legendaria, que diera lugar a aquellas estrofas de Vladimir Batista:

"A dar su clase habitual
entró Don Pablo Purriel
blanco y duro el delantal
patognomónico en él."

Tenía cierta descuidada elegancia en sus maneras que le conferían un aspecto de "hombre de mundo", y realmente lo era, porque conocía todo, parecía haber vivido todo y estaba informado de todo. "Yo leo cuatro diarios por día" solía decir. Su curiosidad era insaciable.

La sala Pedro Visca era su hogar, y era una fiesta para todos nosotros sus colaboradores entrar en ella todas las mañanas. La sala era grande, luminosa, blanca, impecable. Luminosa, porque así la hacían sus grandes ventanales que la dotaban de una diáfana claridad en las horas de la mañana. Pero era también luminosa porque en ella estaba él con su magnetismo personal. Era blanca, con aquellos cubrecamas y las ropas limpias de los enfermos, lo cual confería un ambiente digno para aquellos pobres semejantes, por quienes él con su profunda sensibilidad sentía tanto respeto.

Sobre la derecha, junto a la puerta del fondo de la sala había un pequeño recinto vidriado donde había instalado el archivo. Inauguró un archivo moderno, nosológico, el cual, con ligeras variantes, fue el que se adoptó más tarde al inaugurarse el Hospital de Clínicas. El mismo revisaba las historias y las criticaba, y en qué forma. Al llegar la triste hora del retiro, cuando debió dejar la cátedra, me llamó y dijo "tengo algo que regalarte" ... era un paquete con las cinco primeras historias que yo había escrito en su clínica.

No le alcanzaban las horas para trabajar y enseñar, y pretendía que todos siguiéramos su ejemplo, llegó a enunciar más de una vez su proyecto de realizar los ateneos la mañana del domingo, cosa que no tuvo andamio.

Estaba empeñado en forjar lo que él denominaba una "mística del servicio", una especie de fanatismo que con su peculiar gracejo también expresaba diciendo "¡hay que jugar por la camiseta!", o también "¡para ser médico hay que hacer voto de pobreza!".



Clínica Semiológica (1949). Sentados: Olga Muras, Mario Arcos Pérez, Pablo Purriel, Sra. de Vilaro (Archivista), Juan Jorge Ravera, Sta. Winterhalter (Ayudante). De pie: Roberto Masliah (practicante externo), Walter Espasandín (practicante externo), Jorge A. Traibel, Joaquín Purcallas, Héctor Miquelarena (practicante interno), Jorge Bouton, Jorge Di Lorenzo, Roberto Peroni, Alberto Grille, Raúl González Puig, César V. Aguirre, Diego Castellazzi (enfermero), Abel Proto y Enrique Martínez (enfermero).

Los ateneos clínicos eran profundamente honestos, sinceros, a veces friccionados. "Todo debe ser verificado y comprobado; todo debe ser objetivizado". Y de vez en vez recordaba: para los más jóvenes que están presentes, el conocimiento debe ser "peptonizado", es decir hacerlo "digerible". Cuando no nos hacía temblar con "¡A ver Fulano, ... para el concurso!" y así nos adiestraba para las próximas contiendas, porque era defensor acérrimo del concurso de oposición.

Nos hacía volver de tarde a pasar "contravisita", y los domingos revisaba él mismo los casos difíciles, deteniéndose largo rato a meditar en cada una de las camas. Guardo en mi retina, como una especie de daguerrotipo, la imagen del maestro sentado solitario a los pies de la cama de un paciente grave, en una mañana de domingo, las piernas cruzadas y contraído con atención en la lectura de la historia; en esa ocasión yo pasaba un poco apurado la visita de mis camas, y cuando terminé me avergonzaba irme y dejarlo tan sólo pero me urgía hacerlo pues me esperaba mi familia en el auto; entonces me acerqué y le dije "¿Profesor me necesita?". Levantó la cabeza, me miró y dijo "No, andate" y luego de una breve pausa me dijo "Vos sos un tipo educado" ... Volví una vez más a comprobar que su figura fuerte y autoritaria era sin embargo, en el fondo, tan sencillamente humana.

Exigía la "seriedad intelectual" y la valoraba, así como el trabajo de sus colaboradores, pero no podía evitar su admiración y cariño por aquellos sus discípulos más brillantes por quienes sentía verdadera debilidad, y a quienes se complacía en modelar como si fueran sus propios hijos. De ahí su idea de hacer duplas eligiendo en cada pareja un "brillante" y un "cumplidor". Aclaro que a mí me puso en la segunda categoría.

En determinado momento, luego de haber actuado cinco felices años en su clínica me llegó la oportunidad de hacer otro concurso, el cual me alejaría momentáneamente del servicio. Y él se opuso en principio a dejarme ir. Me aseguró una beca en el extranjero, pero yo estaba decidido a hacer endocrinología e insistí. Me invitó a su casa en la calle Libertad y me habló mucho, me dijo de su preocupación por cada uno de nosotros y de lo que anhelaba obtener. En esa conversación comprendí su generosa grandeza y su devoción docente pues quería seguirnos modelando indefinidamente. Por fin me dejó ir. Un lustro más tarde volví a su clínica y a partir de entonces me consideró como uno de sus colaboradores especializados; enseñé semiología endocrinológica y fruto de eso fue nuestro libro que integraba la colección de obras de semiología publicada en su cátedra y que él mismo prologó en su primera edición.

Su vocación de servicio era evidente en cada actitud suya, y una de sus más caras aspiraciones era lograr un Plan Nacional de Salud. Siendo un socialista profundamente convencido y con una trayectoria reconocida durante toda su vida política, hacia el final, y bajo la presidencia de Bordaberry a quien había deslumbrado con su inteligencia, aceptó la designación de aquél para ocupar la Cartera de Salud Pública. Era la oportunidad de lograr su Plan Nacional de Salud. En el Ministerio trabajó con denuedo, todos los días desde las 5 de la mañana y en pocos meses proyectó un Plan, el cual como tantos otros, no prosperó. Sintió la decepción de que muchos de sus compañeros de la izquierda, aun considerando que el proyecto era muy bueno, no podían admitir que saliera adelante con un gobierno reaccionario. Una mañana de domingo en su casa de la calle Solano Antuña donde nos reunía a los viejos discípulos en afec-

tuoso coloquio, y refiriéndose al asunto dijo con palabras que aunque algo más gruesas se pueden expresar así: "¡Fíjate! La situación es comparable a que yo viera a un grandulón pegándole una soberana paliza a un chilquín en plena calle y yo, en vez de defenderlo de inmediato, le preguntase como condición para ayudarlo, si su madre era reeleccionista" (recuérdese que el reeleccionismo que no prosperó en la reforma constitucional plebiscitada, era por definición el rasgo más saliente de la tendencia que en definitiva triunfó en las elecciones de 1971). A él no le interesaba de qué manera iba a lograr la defensa del pueblo, pero lo quería por encima de los cálculos y especulaciones políticas. Por encima de lo que pudieran haber sido sus ideas políticas, estaba para Purriel el país al que tanto sirvió desde la Cátedra, desde el Saint Bois, desde la Comisión Honoraria de la Lucha Antihidática, desde su Profesión y como Ciudadano.

Su elocuencia era capaz de levantar al auditorio más apático. Los alumnos lo escuchaban en suspenso, los médicos y colaboradores formábamos rueda en el apretado recinto del anfiteatro de la sala Padre Ramón. A veces en busca de espacio hacia la clase en la azotea del Hospital Maciel, pero la docencia seguía en el corredor, en la calle o en cualquier lado. Recuerdo un congreso en la ciudad de San José en que le tocó hablar a las 6 de la tarde luego de todo un día de conferencias, discusiones y comunicaciones; el auditorio estaba agotado, ya no encontraba acomodo en sus asientos cuando él tomó la palabra; a los pocos minutos todo el mundo estaba atento, erguido al borde mismo de su butaca, esperando su palabra y su enseñanza sobre el Cáncer de Pulmón que por entonces empezaba a prevalecer con alarmante frecuencia. Su preocupación por la medicina en el interior lo llevaron a efectuar múltiples excursiones de avanzada científica en las cuales trataba de incentivar el interés por los grandes temas sanitarios, y en particular la hidatidosis. "En este país el tema de investigación tiene que ser la hidatidosis" solía repetir, y lamentablemente esas palabras siguen golpeando sobre nuestra gran vergüenza nacional "el quiste hidático". En Mercedes en oportunidad de la brillante Semana Universitaria (1963) Purriel y su clínica inundaron el Hospital y desbordando el área específicamente médica el maestro dejó un imborrable recuerdo disertando sobre temas humanísticos ante muy variados auditorios. El 1º de agosto de 1964, nunca olvidé la fecha exacta, viajamos a Salto; Purriel quería que fuéramos todos y del modo más barato posible; se había hecho amigo de un Brigadier en la peluquería y obtuvo un avión de la Fuerza Aérea, todo gratis. Un avión de preguerra, de aquellos de aluminio acanalado, que tendría bien sus 35 años de servicio, sirvió para el vuelo. Tenía dos bancadas laterales de madera que normalmente ocuparían los paracaidistas y mucha capacidad para ir de pie, muchos fueron parados las dos horas que duró el viaje. Bajo lluvia y con cielo totalmente cubierto, en un día muy frío verdaderamente invernal, atravesamos las nubes y viajamos las dos horas sin divisar tierra. No sabemos cómo, el piloto supo que estábamos sobrevolando la ciudad de Salto lo cierto que al final se tiró por un pequeño hiatus entre las nubes y ya casi tocábamos tierra, me impresionó lo grande que eran las vacas que se divisaban. Todos sentimos miedo y Purriel también porque no pronunció palabra en las dos horas y permaneció encogido mientras se oían los golpeteos de las chapas de aluminio y el avión oscilaba entre profundos pozos de aire.

La revista que él fundara y defendiera hasta su muerte "El Tórax" queda como otro de los jalones brillantes de su carrera inquieta y proficua. Pocas veces se ha logrado

en nuestro medio dar tan larga vida a una publicación médica y hacerlo con tan alto nivel de calidad.

De lo que llevo dicho se desprende una indeclinable honestidad, una adhesión permanente a los principios universitarios y humanísticos que defendió como nadie. No hizo nunca concesiones a quienes transgredían las normas del manejo de la cosa pública, ya fueran administrativos o técnicos, ya estuvieran por encima o por debajo de él en el orden jerárquico. Solía decir: "Hace todas las cosas como si te fueras a morir mañana mismo".

Su gracia incomparable nos entretenía en aquellas cálidas reuniones, con los colaboradores y amigos, donde él siempre tenía una anécdota o una observación chisporroteante; en aquellas escapadas del mediodía del sábado al mercado del Puerto; en aquellos memorables almuerzos campestres donde le veíamos feliz, un compañero uno más entre nosotros.

Su servicio fue el primero en ocupar el Hospital de Clínicas cuando este se inauguró. En aquel año de 1953 el grupo de colaboradores se dividió para seguir atendiendo lo que quedaba del servicio en el Maciel y por otra parte para entrar cada vez más a integrarse en el nuevo y hermoso Hospital Universitario. Rebosaba de alegría y ya antes de la inauguración hacíamos ateneos simbólicos en el piso '8' que estaba absolutamente vacío sin siquiera un mueble en el gran anfiteatro. Vuelve a mi memoria uno de los primeros ateneos de ese tipo en el cual el inolvidable Dr. Juan Medoc trajo desde el Maciel en su auto en una enorme bandeja que apoyó directamente en el piso cubierta con un paño el material de autopsia del caso que nosotros estábamos discutiendo y luego con aquella su gracia que lo hizo inolvidable dijo:

"Traigo a este amable ateneo
los restos mortales de este joven
que fuera en vida cultor
precoz y entusiasta de
los placeres de Venus"

.....
era una sífilis desde luego.

Pocos días antes de que la muerte lo sorprendiera reunidos todos sus colaboradores el maestro nos vuelve a enlazar en su afecto proponiéndonos una idea quijotesca: volver a reunirnos en una clínica honoraria de la Facultad que pensaba se le iba a conceder en el Hospital Italiano; en ella tomaríamos solamente 10 estudiantes y los modelaríamos desde 3er. año hasta presentarlos al examen final de clínica médica. El y nosotros lo daríamos todo por la enseñanza sin pedir nada. El mismo sueño que él había hecho realidad y que volvía a soñar.

El día que murió era sábado, lo recuerdo muy bien porque jugaban Nacional y Peñarol; Purriel no faltaba nunca y yo lo busqué toda la tarde con la mirada por su lugar habitual en la platea América, pero no llegó, antes del partido pasó a ver a una enferma y allí terminó su vida.

Así era Pablo Purriel, ustedes deben ser indulgentes conmigo y perdonar mis excesos emocionales, pero no tengo otra mejor manera de hablar de un hombre que para mí, después de mi propio padre, fue quien mejor me orientó y a quien tanto debo.

Dedico esta semblanza a todos mis compañeros y discípulos de Purriel, a quienes sin nombrarlos retengo en mi corazón como verdaderos hermanos, aunque la vida nos haya separado.

PABLO PURRIEL

(1905-1975)

Dr. Tabaré M. Fischer

El Prof. Dr. Pablo Purriel, nace el 13 de diciembre de 1905 en la Provincia de Navarra (España) en un pueblo cercano a Pamplona. En esta ciudad vive luego hasta los 4 años de edad, en la calle Estafeta 3. Junto a su familia emigra hacia la República Oriental del Uruguay. Se radican en Santa Catalina (Departamento de Soriano) en donde transcurren sus años escolares.

Se traslada a Montevideo para cursar el ciclo de enseñanza media, ingresando al "Collège Carnot". Ya a esa altura es distinguido durante varios años con distintos premios ameritados por su brillante escolaridad. En el 2º año liceal le entregan en mérito a su capacidad, como premio, un libro de cuentos de Charles Péronnet titulado "En route vers le bonheur".

Asistido económicamente en esa época por su hermano mayor, termina el ciclo liceal ingresando a la Facultad de Medicina.

Se gradúa luego de una brillante escolaridad como Doctor en Medicina y Cirugía, luego de haber obtenido por concurso de oposición el cargo de Practicante Interno.

Inmediato a su graduación, ocupa el cargo de Médico Residente en el Hospital Maciel por concurso de oposición (año 1933). Realiza ya una intensa actuación en el Servicio de Guardia.

En 1939 es designado por la vía del concurso, Profesor Agregado de Clínica Médica, dictando durante varios años cursos de Medicina Interna, Patología General y de Terapéutica.

En 1939 actúa como médico internista en el Instituto de Enfermedades Infecto Contagiosas del Ministerio de Salud Pública, realizando además tareas como médico de Guardia.

En 1940, obtiene por méritos, el cargo de Subdirector del Instituto de Tisiología del Ministerio de Salud Pública y por la misma vía es Jefe de Enfermedades Pro-

fesionales y Médicas y Consultante del Banco de Seguros del Estado.

En 1947, culmina su brillante trayectoria en la Facultad de Medicina, obteniendo la Cátedra de Semiología. Este concurso aún hoy recordado por las distintas generaciones de médicos, lo lanza a los primeros planos de la Medicina Nacional e Internacional pues culminó en el 1er. puesto luego de un reñido Concurso de Oposición donde aspiraban otros tres brillantes Profesionales Agregados de gran talento, inteligencia y exquisitos docentes, lo que realza el mérito de este triunfo.

Culminaba su brillante trayectoria a la edad de 42 años. Se retira por límite de edad, el 13 de diciembre de 1970.

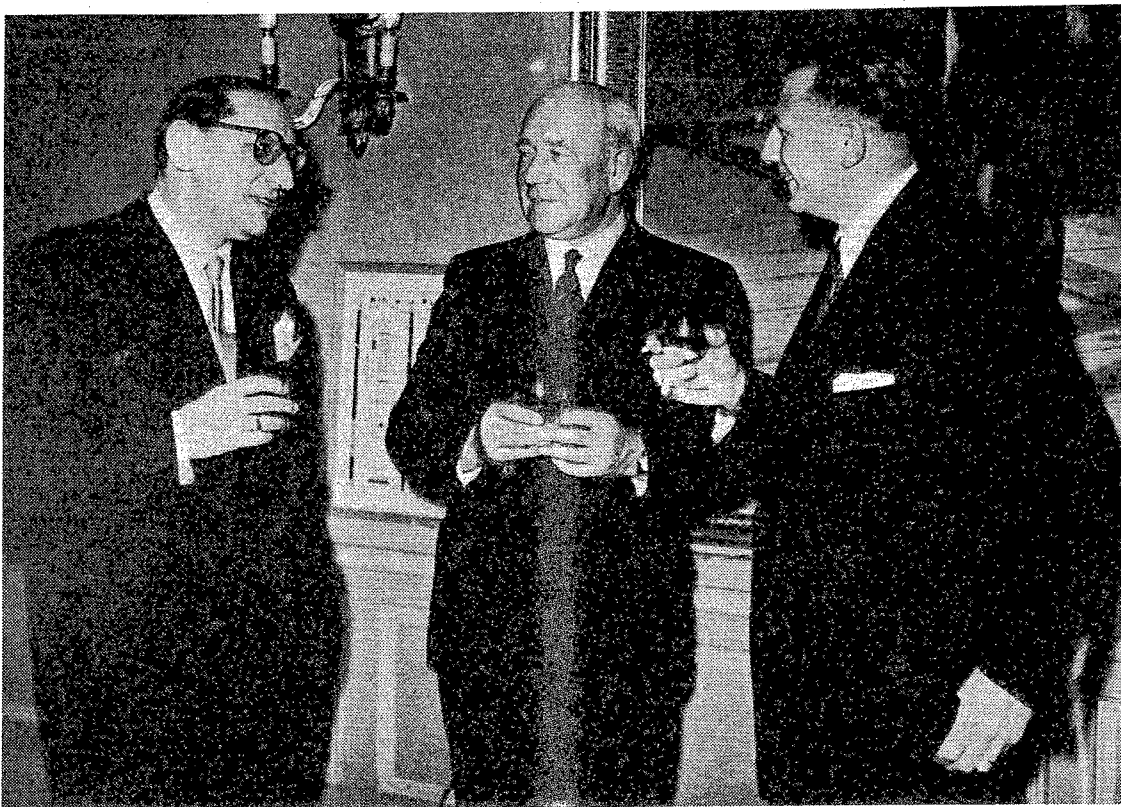
Fue Presidente de la Comisión Honoraria para la Lucha Contra la Hidatidosis hasta su fallecimiento. Miembro de la Comisión Honoraria para la lucha contra la Tuberculosis. Director del Instituto del Tórax. En 1973, es nombrado por sus relevantes méritos, brillante actuación y su profundo conocimiento, Miembro del Comité del Consejo Asesor para la Investigación Científica de P.A.H.O. (O.M.S.).

En esa época se incorpora como Consultor sobre el Cáncer de origen profesional en el Grupo designado por la Organización Internacional del Trabajo.

En 1971 el Gobierno Constitucional le encarga de la Cartera de Ministro de Salud Pública, donde organiza un grupo de trabajo y presenta uno de los proyectos más serios. Sobre el Seguro Nacional de Salud para nuestro país.

Obtuvo el Premio Ellauri con una monografía sobre "Meningitis Tuberculosa", el Premio Dr. Soca con su libro "Brucelosis" y el Premio Lestido con la monografía sobre "Lupus Eritematoso Sistémico".

Publicó más de un centenar de trabajos científicos en colaboración, de su autoría, sobre diversos temas de la



En Londres (1954). El Dr. Pablo Purriel, en compañía del famoso anatomopatólogo Curthbert Dukes (centro) y el Dr. Horacio Gutiérrez Blanco.

Medicina científica, asistencial o social. Entre ellos se destacaron sus estudios sobre la circulación hepática y pulmonar, afecciones del tejido conectivo y tuberculosis, sarcoidosis, quiste hepático etc. Fue distinguido por múltiples sociedades científicas nacionales y extranjeras y varias Academias científicas como Miembro Honorario.

Realizó varios viajes de interés médico a Europa y Estados Unidos de N.A. Su relevancia internacional le permitió el contacto con las celebridades médicas de la época y su constante actualización con los adelantos de la Medicina y la tecnología sofisticada que ya comenzaba a vislumbrarse.

Fue un precursor el Prof. Purriel, del empleo de las técnicas médicas, invasivas en nuestro medio como metodología de estudio o diagnóstico.

Creó y fue Director de una de las revistas científicas más importantes del Río de la Plata y de proyección universal "El Tórax". Allí tuvieron acceso relevantes trabajos científicos suyos, de sus colaboradores y de autores nacionales, muchos de ellos originales; destacándose además los brillantes editoriales de Purriel versando sobre distintos tópicos médicos, docentes o sociales.

Creó una escuela médica donde surgieron brillantes Profesores Titulares de la Facultad de Medicina y formó durante más de 40 años a las generaciones de estudiantes y médicos que recibieron sus enseñanzas.

El Profesor Pablo Purriel fue ante todo un Docente. Docente de la Medicina, de la propia docencia y de la Vida. Fue el paradigma del magisterio y por eso fue un Maestro.

Maestro en su decir, en su enseñar, en sus gestos, en su profesión médica, en su inquietud sobre los aspectos sociales de la Medicina. Sus clases eran una liturgia.

Tuvo personalidad de líder, mentalidad de genio conductor de personas, trabajador infatigable consciente, honesto y definido. Condujo a múltiples generaciones de médicos a una forma de vivir dentro de la Medicina y de la vida diaria, con una concepción mayéutica de su enseñanza. Brilló en una generación de médicos excepcionales. Su imperativo fue Geometría y Pasión".

Esa era la síntesis de su personalidad.

En la armonía de los planos definidos, de las líneas rectas, la lógica, el raciocinio y el conjuro armónico de la Geometría puso una excepcional Pasión. Por eso Purriel fue un Hombre.

Mientras asistía un paciente fallece bruscamente el sábado 25 de octubre de 1975.

La Comisión de Homenajes la cual uno de nosotros tiene el alto honor de presidir a través de su gestión, ha permitido que la ciudad de Montevideo tenga el relevante y excepcional honor que una de sus calles lleve el nombre de uno de sus hijos más preclaros: PROF. DR. PABLO PURRIEL.